CAPILLA ALFONSINA

FURIO.

CAPILLA ALFONSINA

I.

Había cierta vez un jóven guapo y no tonto, ni aun vano, lo cual es más raro, y si lo era, lo revelaba de un modo tan abierto y tan sin artificio, que era un gusto. No era de aquellos guapos de que algunos rebajan los grados de su hermosura, llegando á no gustar á otros. Aquel era guapo para todos. Se hubiera podido comparar á uno de aquellos muchachos tan frecuentes en las novelas francesas y tan raros por fortuna en el mundo real, que por donde quiera que pasan, van dejando larga señal de disgustos conyugales, de muchachas melancólicas, y de iras de enamorados; á cualquiera postura académica que toman, el novelista hace caer tamizado por entre nubes un rayo de luna ó de sol y le cuelga sin compasion alguna semejanza sacada de cuadros ilustres. Al pensar que desde niño se había acostumbrado á dejarse pasar por bajo de la barba la blanca mano de las señoras, á que las muchachas le besuqueasen, vién-

dose siempre alrededor de sus padres como un ídolo, perdonándole cualquier travesura, que ellos consideraban suma gracia, era una maravilla verle ya crecido sin pedanterías, sin humos, bueno, franco, sencillo, haciéndose querer de todo el mundo, ó al ménos, no desagradando á nadie.

Cuando le dirigían una broma sobre su hermosura, él mismo bromeaba, sin que de ninguna de sus palabras apareciese un átomo de vanidad; revelando con mucha sencillez ciertas finuras de aventurero efecto, probado y seguro, segun él afirmaba; y exajerando con mucha gracia sus actitudes y maneras propias, llevaba siempre la cosa hasta tal punto en lo ridículo, que excluía toda sospecha de artificio.

Cierta noche estando cenando, habían dicho que la belleza en el hombre no significa nada, que todo lo hace el espíritu, y que éste, si hemos de ser justos, era la parte ménos notable en él y le desafiaban á negarlo.—Todos dicen así; pero ¿qué cosa se ve en efecto? Al revés; en las novelas todos los hombres que hacen algo grande y bueno son hermosos, todas las mujeres se desviven porque sus hijos sean guapos; los ayudantes de campo se buscan guapos mozos; los comediantes es preciso que sean bellos; los oradores, los reyes, y hasta de un bravo poeta, pero feo, se dice:—Me lo figuraba de otro modo—y Byron se cuidaba más de su cara que de su gloria, y Leopardi habría

dado todo su griego por un par de ojos que hubiesen encantado á Nerina, y el mismo Petrarca se llama hermoso, *forma non glorior excellenti sed*... pero soy un hombre hermoso; y Guerrazzi, bajo la máscara de su Horacio, dice francamente, que las muchachas volvían la cabeza para mirarle; Murat, ya con la boca de los fusiles apuntando á su pecho, pensaba todavía en parecer bonito despues de muerto; existen ciudades donde no quieren los ciudadanos dejarse gobernar por autoridades feas; y á Cristo lo pintan bello; y á los ángeles, con objeto de que sea más fácil y atractivo el amarlos, se les representa elegantes y esbeltos como caballeros de Saluzzo, ó redondos y sonrosados como las manzanas; lo que es feo, en las novelas, en los cuadros y en la imaginacion de las gentes, solo son los bribones, los desalmados, y... vosotros.

La índole de este jóven, además, tenía esto de singular: que á veces se sentía como descontento y más que descontento, avergonzado casi, de sus prendas personales *físicas*; y mejor aún, experimentaba una desestimacion de sí mismo; precisamente porque, como le habían dicho sus amigos, que la gente tenía en tanto ménos su espíritu y sus prendas personales *morales*, cuanto más admiraban las *físicas*.

Era, sin embargo, de génio franco é inteligente, y ni aun carecía de ese no sé qué de viveza y

de agudeza que se denomina ingénio; pero á la verdad, necesitaba mayor dósis de todas estas bellas cualidades del espíritu, para que alma y cuerpo se encontrasen á igual altura. Tal desproporcion, por él mismo notada, le parecía ridícula y hasta humillante, llegando á decir:

—Mi alma es como ruda campesina vestida de elegante señora.

—¿Estás enamorado?—le preguntaba un dia su vieja ama de casa, viéndole triste. ¡Bah! déjalo, no pienses en ello; eres un guapo chico...

—Lo que soy es un buen monigote—respondió —y en aquel momento pensaba en una muchacha que él había dejado, y ella le había escrito:—"Lo que ha pasado es que te has equivocado en nacer con alma: ¡te hubiéramos podido poner en una coleccion!"—Este mezquino sentido que de sí tenía, lo sobrecogía de repente, como un dolor de cabeza, cuando se hallaba entre sus amigos, y especialmente si había mujeres; entonces enmudecía, cogía el sombrero y se iba, pareciéndole haber dicho ya tantas tonterías, tantos despropósitos, y tantos absurdos, capaces de colmar la medida de la tolerancia más generosa. Por lo demás, todas estas debilidades probaban que era bastante más de lo que él creía; era por lo ménos una cabeza sana y un corazon noble; un poco loco cuando estaba alegre, y acre cuando triste: en el fondo, una buena criatura.

Tenía veintiocho años, cabello rubio, el título de abogado, cierto grado de bondad, y un nombre muy raro, que no podía sufrir: *Riconovaldo*.

Ahora empiezo la narracion.

II.

Eran las seis de la mañana. Furio abrió las maderas de la ventana de su cuarto, entrando desordenadamente un rayo de sol y una oleada de aire perfumado, que le hizo temblar de placer. Miró el cielo, el jardin, los montes, y golpeó el puño contra el antepecho, diciendo:—¡Hermoso! —Y pensó que tenía catorce años. Y que amaba inmensamente la vida. Un insecto subía por el borde de la persiana; alargó la mano para echarlo abajo. ¡Pero no, hoy es dia de gracia: vive! Sonrió, se apoyó sobre la ventana para contemplar el campo, y comenzó á tararear.

En tal situacion aparece bajo sus ventanas un carruaje vacío; una criada salió de casa y abrió la portezuela; tres piés largos y descarnados fueron poniéndose uno tras otro sobre el estribo, y tres personas altas y flacas subieron, sentándose de prisa; eran el padre, la tia, y la hermana de Furio.

Furio se había echado un poco hácia atrás.

—Dentro de dos horas volvemos—dijo el padre á la muchacha de servicio.

— ¡Con la señora!—respondió aquella con aire de tímida alegría.

—Con la señora nuera—añadió él con digna y al par agradable sonrisa—haciendo una señal al cochero, el carruaje se puso en movimiento.

—¡Un momento!—grita la tía con voz estridente.

Se pára el cochero, y desde la ventana del coche se alza un brazo largo, seco y nudoso como un dedo larguísimo y despues de haberlo tremolado un momento en el espacio como caña de apagaluces en las iglesias se paró, dirigiéndose hácia la ventana de Furio; la voz que primeramente se oyó gritó ahora:

—¡Vístete y baja inmediatamente!

Furio desapareció.

—No importa—dijo el padre en tono conciliador—déjalo en casa, es un estorbo ménos.

—¡Quiero que venga!

—Ea, no perdamos el tiempo, ya es tarde... ¡Adelante, cochero!—

El carruaje echó á andar de nuevo.

Furio se asomó á la ventana, y vió á lo lejos aquel inmenso y formidable dedo apuntando como si fuera una flecha, y larga fila de enormes dientes que semejaban el teclado de un piano.

Desapareció el coche, el muchacho permaneció inmóvil algun tiempo, mirando al suelo y mortificado. Pero de repente percibió el olor de tabaco que el cochero había dejado en el aire, se fué corriendo en busca de un cigarro que había metido en un agujero de la pared de su cuarto; lo cogió, lo encendió en el acto y se puso á pasear. Pensaba que al cabo de dos horas habría llegado su cuñada, la mujer de su hermanastro, á quien él jamás había visto, y que segun decían era una hermosa señora, alta, rubia, bien vestida; y tenía cierto gusto en que viniera. Pero este placer no era franco y tranquilo; él era tímido y un poco ogro como le decía su hermana, ó más bien majadero y tonto por completo como le aseguraba la tía; el pensamiento de tener que presentarse delante de aquella señora y de otros, en pleno dia, debiendo mirarla á la cara y saludarla, responder á las preguntas, á él, que en semejantes ocasiones perdía la brújula y no era para juntar dos palabras, no podía ménos de turbarle un poco este pensamiento. Y se le subía la sangre al rostro cuando á pesar de estar solo en su habitacion se fijaba en estas ideas: ¡figurémonoslo en el momento solemne de la llegada!

III.

El que quisiera saber por lo demás, qué género de vida debería llevar en aquel pueblo la cuñada de Furio, puede enterarse por la siguiente carta de su hermano, que en el año anterior había permanecido diez dias en él, y que dirigió á uno de sus íntimos amigos.

«...El muchacho, Furio, ha vuelto á la escuela de la ciudad, (que dista una hora de aquí), el dia siguiente de mi llegada. Por lo poco que pude ver, me pareció el mejor sujeto de la casa; pero no le quieren bien. Su hermana, Cándida, está todo el dia encerrada en la habitacion; y por la vida que hace, preciso es que sepa poco; se consume, se ve lo que ha sufrido y apenas tiene veinte años. No aseguraría que fuese mala; sabes, más bien me parece una de aquellas muchachas deslabazadas, que se encuentran á menudo entre las maestras de piano y las que cuidan del guardaropa en los hospicios, sin fibra, sin sangre,

sin curvas, que viven y mueren castas del mismo modo y por idéntica virtud que las figuras de yeso. Alta, chupada, larga cara aguzada de lechuza ó cosa así, peinada como una vírgen, con el cabello liso y pegado á la cabeza; no es fea, bien mirada, pero nada más. Para mí es como si no lo fuera; ni me habla, ni me mira y se diría que ni me ve. Así, me toca estar todo el dia frente del uno ó del otro de estos dos viejos, fastidiosos ambos hasta el punto de cansar á cuantos han podido vanagloriarse de paciencia desde Job hasta acá. Y más que fastidio inspiran ira. El es registrador cesante de la Propiedad y caballero de no se qué órden. Pon cuatro estacas á uno de esos bustos de madera que hay en las barberías de los campesinos, y tendrás una imágen aproximada; mucha gravedad, gran prosopopeya, sin corazon, la cabeza de estuco, muy ignorante y lleno de vanidad; de aquella vanidad uraña y mezquina que dá su fruto especialmente en las oficinas gubernativas. Funde un ugier presuntuoso con un alcalde de pueblo que se las eche de grande hombre: y es él, positivamente, con la vara de la cortina metida siempre en el cuerpo, con las mejillas infladas, y con la perpétua sonrisa piadosa. Es fino, pero su cortesía aparece como necesaria para velar modestamente la importancia y temperamento afable de la autoridad; cortesía que viene de lo alto, y dice:—"Me digno."—Creo que tenga poco corazon ó que se le haya entorpecido por falta de uso. Y la hermana peor que peor. Por su figura parece (y aun más por su alma, si la tiene) que ha vencido ya los cincuenta; seca como una mómia, no se le ven más que aristas, la cara bronceada, y con cierto brillo como si la hubiesen dado una mano de barniz. Todo su carácter vá impreso en la boca, la cual no es tal boca sino más bien un corte largo y fino, hecho como con un cortaplumas; siempre cerrada aun cuando habla, que es muy rara vez, gracias al cielo. Tambien ella es viuda, como su hermano, ¡afortunados los muertos! pero creo que jamás debe haberse dado cuenta de ello, pues es incapaz de sentir, como si fuera una hoja de pergamino mal enrollado; luego tiene lunas, es inquieta y regañona. En verdad todavía no he podido llegar á convencerme de que dentro de aquel cuerpo debe haber un alma inmortal. Por la noche él escribe en las cosas de su oficio, la hermana hace calceta, y yo toco el piano, leo ó hablo, sin que ninguno de los dos levante la cabeza. El solamente de cuando en cuando, me mira furtivamente por encima de los anteojos, respondiéndome siempre con su eterna sonrisa de proteccion:—"¡En efecto!"—y vuelta á escribir. Créeme, siento que todo mi cuerpo se estremece cuando le oigo..."

La carta estaba firmada *Riconovaldo*.

IV.

Pasadas dos horas, se presentó de nuevo el carruaje delante de la quinta. El finchado registrador baja el primero y ofrece una larga mano rugosa, en la cual quedó como sumergida la pequeñísima y blanca de la hermosa señora, que descendió en el momento suavemente y con elegancia. Luego bajó la tia, que rechazó la ayuda que la muchacha de servicio le ofreciese, y por fin, Cándida. Todos juntos entraron en la alegre habitacion del piso bajo que servía de comedor, dejándose caer sobre las sillas y butacas, agotados por el calor.

—Conque, vamos—preguntó ella apenas recobró el aliento, y tratando de acomodar con las dos manos su espesísima cabellera rubia—¿dónde está ese muchacho?

—Apropósito,—preguntó el padre á la tia.—¿Cómo no está aquí Furio? ¡Furio!—gritó asomándose á la ventana.

Y la tia análogamente desde la puerta:—¡Furio!

—Ahora le voy yo á buscar—murmuró subiendo las escaleras—¡mal criado!

Pasó algun minuto en silencio; encima se sentía el paso precipitado de la tia, luego algun estallido de su voz, luego nuevamente el rumor de pasos más unidos, y por fin descendió como una furia, vomitando palabras acerbas.

—¡Nécio, vanidoso!—gritaba la vieja, deteniéndose en cada escalon y cogiendo aliento en cada palabra.—¡Parece imposible! ¡Un muchacho de quince años! Todo, por su cuñada. Y entretanto los de abajo espera que te esperarás.

—Vamos, ¿qué ha pasado?—preguntó el padre.

—Figúrate—respondió la tia detenida en la puerta como impidiendo que el muchacho entrase antes de que ella hubiera acabado su invectiva—subo, me acerco de puntillas á su habitacion, y me le veo con el espejo delante y otro por detrás, peinándose como si fuera una damisela, y despues de haber sacado toda la ropa blanca, trajes, escobillas, jabones y botellines, que hacían semejar su cajon al de una novia...

La señora reía.

—Esto no vale la pena—prosiguió la tia mirando hácia la escalera, donde aguardaba tranquila la pobre víctima—pero se siente una peste á tabaco, que no se puede ni aun respirar: ¡ha fumado!

—¡Oh!—interrumpió el padre fingiendo una actitud colérica.

—¡Pero le he dado una leccion!—continuó la vieja, haciendo ademan de haberle dado una bofetada, y luego volviéndose hácia la escalera:—¡Animo, adelante!

El pobre muchacho, que lo había oido todo, bajaba despacio, humillado, confuso, con los pelos en desórden, con una cazadora vieja encima, que la tia no le había dejado tiempo de mudarse, sin cuello, sin corbata, como un pobre. Llegado á la puerta, la tia le metió dentro de un empellon, encontrándose delante de la señora, que se le había adelantado á su encuentro; la miró, la vió reir, se puso encendido, le faltó la palabra, bajó la cabeza, y así estuvo, inmóvil, con la respiracion suspendida en la actitud de un condenado.

—¡Saluda á tu cuñada!—dijo la tia.

—¡Señora!...—murmuró él con un hilo de voz, pero sin llegar á levantar la cabeza.

—¡Señora!—repitió la vieja despiadada, burlándose de él.—¿Y ya no tienes nada más que decir á tu cuñada, á la mujer de tu hermano, á quien jamás habías visto? ¡Bonito recibimiento haces á un pariente! Compadeceos de él, Iris; es un muchachazo estúpido, siempre ha estado en el campo, jamás ha visto á nadie...

—Eh, ya se sabe—añadió el padre mirando fijamente á Furio como si hubiera mirado un gato

embalsamado, metido dentro de una vitrina.—Ya, en esa edad todos hemos sido lo mismo..., no se sabe ni moverse, ni hablar; pero luego, andando el tiempo...

—Este no cambiará, sabes—añadió la tia—es imposible; se ve que no hay nada...

—¿Por qué?—dijo la señora con acento amable, defendiéndole.

Y los tres se le quedaron mirando.

Desde ahora la vergüenza del pobre Furio daba piedad; tanta sangre enrojecía su cara, que los ojos le parecía tenerlos velados, y la cabeza le pesaba como si fuera plomo; bien se veía su sufrimiento. La señora se apercibió de ello, se volvió hácia otro sitio riéndose, y cambió de conversacion; Furio desapareció.

¡Bravo! Hacía un mes que estábais contentísimo con la idea de que una hermosa señora viniera á romper la monotonía fastidiosa de vuestras fiestas campestres; un mes que bullían en vuestra imaginacion los discursos que le habríais dirigido y las cosas graciosas que ella respondería; un mes que siempre, al pasar por delante del espejo, os deteníais, sin atreveros á que os diera el sol por no poneros más moreno; un mes sí hacía que os frotábais los dientes con polvos, la cabeza con peines y las uñas con las limitas; un mes que os lamentábais á vuestra hermana de los trajes que llevabas, que os parecían burdos y mal hechos, y

hubiérais querido tenerlo todo hermoso y delicado para honrar á la huésped deseada; un mes hacía que contábais los dias y las horas que debían pasar antes de que llegase, prometiendo que sabrías estar con ella amable y atento, hasta el punto de haceros simpático á sus ojos y que ella llegase á teneros cariño. ¡Pues no es nada: precisamente en el momento de empezar, os presentais de aquella suerte, con la mejilla señalada, la cabeza enmarañada, avergonzado, mudo y abrumado, como el último escolar del Instituto!

Fué verdaderamente muy amargo tal momento para el pobre Furio. Acabado de salir de casa, se fué á tumbar bajo un árbol, con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas, desdeñoso contra sí, contra la cuñada, contra todos.—Jamás vuelvo á presentarme delante de aquella señora—se decía para sí—sufro demasiado haciendo semejantes papeles; no vuelvo más, mejor me escapo: no hay nadie que me quiera.

En este momento, una voz chillona se hizo oir desde la quinta, que llamaba á Furio para almorzar.

Furio sintió removérsele toda la sangre, se puso en pié, y así en el primer ímpetu del desprecio, respondió con voz sofocada:

—¡No!

Y se lanzó para huir, siendo detenido: era Cándida.

—¡Eres tú, Cándida!—exclamó el muchacho con voz conmovida.

Cándida le abrió los brazos, arrojándose Furio en ellos sin poder detener un sollozo.

Cándida era buena y le quería.

CAPILLA ALFONSINA

V.

Los tres ó cuatro años que pasan entre la infancia y la juventud, están llenos de momentos lánguidos y melancólicos, como si se empezara á sentir que se envejece. El alma, ansiosa de mezclarse en la vida, la ve cerrada por todos lados y luchando en penosísima prision. Como el gérmen en primavera, tienta la cáscara que lo envuelve y se agita impaciente, de igual suerte en aquellos años se siente al hombre que palpita encerrado en el niño. Tiene necesidad de aire y de luz, y quisiera levantarse volando y sus alas van á golpear con las paredes domésticas, plegándolas heridas y dolorosas. Ve bajo sí un pequeño mundo de niños, que juegan, rien, cantan, donde se hacen locuras, sin que él pueda descender hasta ellos; por arriba ve otro mundo más vasto, donde se piensa, se trabaja, se combate, se ama, sin que él pueda subir todavía. Entreve ya como detrás de un velo, la hermosa mujer, querida y

misteriosa, secreto argumento de deseo y de sueños; y la mujer se inclina á besar los niños, se vuelve á mirar á los hombres: pero pasa al lado de él y no lo ve. El querría atraer aquella mirada, aparecer hermoso y agradable, y no es más que un niño larguirucho, con una cabeza gorda sobre dos hombros miserables y un busto caido hácia adelante y sostenido por dos piernas que más parecen estacas, y de las cuales resaltan bien las dos rodillas angulosas. Siente los primeros estímulos de la vanidad; quisiera estar bien vestido y ser elegante, y tiene que llevar en cambio los trajes que su hermano mayor abandona, y sus corbatas salen todas de los vestidos viejos de la hermana, sin que tengan aún bastante confianza para dejar que solo tenga el reloj en la mano. Quisiera pasar por un hombrecillo y valer alguna cosa, y se queda con la boca abierta en medio de la gente, ó dice una insustancialidad que pasa inadvertida ó apunta un despropósito y se le echan encima todos.

Quisiera tambien ser cumplido y agradable; entra en un salon y no sabe cómo gobernarse, tropieza en las sillas, pisa la cola á una señora, pisotea los callos al señor de la casa. Análogamente le gustaría expresar lo que siente dentro de sí, abrir su corazon, desfogarse; y escribe versos que hacen reir al maestro, y el padre se los arranca de la mano, poniendo delante de sus ojos un tratado de aritmética. Quisiera agitarse, vagar, girar, ver

cosas nuevas; y en lugar de esto, á las ocho tiene que volver á casa á manejar el diccionario latino, metido en un rincon de su cuarto, solo, oyendo el roce de los vestidos de seda de sus hermanas, que se preparan para el teatro ó para el baile. Sin ánimo, humillado, ya se insinúa en medio de la gente implorando una mirada y una sonrisa; ora se encierra dentro de sí desazonado y selvático, y como si estuviera cansado de los hombres y de la vida.

Y entonces se suceden las largas horas de soledad pasadas en la ventana, por la noche, ó en el campo mirando por entre las yerbecillas, y su fantasía viva é inquieta se lanza ávidamente en ilimitado y misterioso porvenir, lleno de grandes proyectos y de grandes esperanzas. Entonces se finge una vida á su modo; ocurrencias admirables y extrañas; luchas, peligros, triunfos, viajes, auroras de cielos desconocidos, vastos jardines ignorados, poblados de adorables fantasías... Pero luego, aquella vision espléndida lo entristece y le cansa, y vuelve otra vez á abrazar con ímpetu la vida; se arroja en medio del estrepitoso ruido de las diversiones infantiles; cede luego sin satisfaccion cumplida, y se hace apasionado por los estudios; inquieto, aun estos mismos los abandona por buscar el reposo del espíritu en los trabajos exajerados del cuerpo; su mundo fantástico se mezcla en su mente con el mundo real, y le asaltan en las tinieblas miedos imprevistos, perdidos hacía ya mucho tiempo; terrores religiosos que impensadamente se despiertan; luego una sangre fria feroz, que le arma las manos contra inocentes animales; atrevimientos insensatos que le lanzan sobre el borde de los tejados unas veces, y otras le hacen trepar hasta las copas de los árboles; tras estos accesos, otros de profunda melancolía, que le obligan á buscar los brazos de su madre, llorando en su seno lágrimas de fuego purificadoras.

La excesiva timidez de muchos chicos de aquella edad, proviene precisamente de esto: que tienen dentro de sí todo aquel tumulto de pensamientos y de afectos, y quieren tenerlo oculto, echándose á temblar ante la idea de que otro los descubra y los estime aún más muchachos de lo que en realidad son. Ellos mismos creen que aquello sea un resto de la niñez, avergonzándose por esto, mientras es más bien la primera chispa de la juventud, que los fecunda y los trasforma.

CAPILLA ALFONSINA

VI.

Furio estaba á la sazon en estos años; de índole entusiasta y tierna, sentía las inquietudes más que ningun otro. Pero le faltaba la madre, él, que la hubiera necesitado más que nadie, pues su padre era para él como no tener nada. Su padre ni le entendía; antes al contrario, le miraba como una criatura malograda. Advertido desde los primeros ensayos de la escuela que no había en él condiciones ni madera para un alto empleo, para ser banquero, ni empresario de ferro-carriles, y persuadido de que fuera de aquí no era posible la salvacion, habíase dicho:—Hará lo que pueda; —y le había abandonado á su propio destino, para convertir todo el cariño y todos los cuidados en el hermano mayor, hijo de su primera mujer, ingeniero, hombre de su presencia, poco más ó ménos.

A los que le preguntaban qué tal iba el muchacho en sus estudios, les contestaba con aire

de abandono y de compasion, y moviendo la mano, abierta delante de la frente:—Es una cabeza un poco... vaga, tiende á la vaguedad, no se detiene en las cosas para profundizarlas...—Y no le amaba, porque era una criatura muy diferente de él, creyendo con entera sinceridad que hacía ofensa á su prosapia. En lugar de todo esto Furio tenía ingénio; pero tenía tanto, que no era posible que en la escuela lo advirtieran, sin que jamás hubiese una persona á su lado que lo animara á estudiar. Para los de casa los desahogos de afecto y los arranques de imaginacion, eran más que nada indicios de vocacion dramática ó de instintiva estupidez—no sabían bien cuál de los dos motivos fuese—que manifestaciones de buen corazon y de ingénio. Su tía siempre le había tenido por un estúpido y porque él, contínuamente humillado y atormentado, no la veía con buenos ojos, sino que al contrario, le fastidiaba, demostrándoselo claramente; ella por su parte llegó hasta á creerlo perverso, y cuanto más áspera era para con él, él la trataba con más desprecio.

Furio, para el que le hubiese comprendido y querido, hubiera sido un buenísimo muchacho; pero para estos dos viejos repulsivos y de corazon de hielo, él era lo que son para la gente ignorante ciertos geroglíficos orientales, que encierran una hermosa sentencia y se toman como garrapatos de niños.

CAPILLA ALFONSINA

Tenía una corpulencia superior para su edad; pero si bien á primera vista se le podían echar dos ó tres años más, deteniéndose á mirar su cara, se notaba que aún era niño. Con otros padres hubiera sido hermoso. Y no es que no lo fuera á pesar de todo, sino que habiendo crecido bajo la dura persecucion de la tía, había ido tomando poco á poco el aire triste y sospechoso, que tan mal le cuadraba.

Parecía como que siempre rumiaba alguna cosa mala. El sol del campo le había tostado como á un soldado: era delgado, pero un poco encorvado por el peso de los años que como persona mayor había vivido. Su cabellera espesa, siempre descompuesta y caida sobre la frente, la echaba hácia atrás con ademan vigoroso de la cabeza, como el caballo hace con su crin. Y cuando por casualidad no tenía el disgusto y la amargura que alguna furibunda riña de su tía le cansara, sus ojos resplandecían de dulzura, y sus lábios gruesos y rojos se entreabrían para dar paso á una sonrisa entre afectuosa y melancólica, que resaltaba como más cariñosa en aquella fisonomía resentida y casi salvaje. Tenía las dos manos grandes siempre guardadas, y se avergonzaba de su manera de vestir, porque nada sabía ponerse: la ropa se le quedaba hecha sacos, marchándosele por todas partes.

VII.

Furio, suplicado una y mil veces por Cándida, consintió en ir á almorzar con los demás.

—Ánimo Furio—le decía la hermana mientras andaban, acariciándole—límpiate bien los ojos, que nadie se aperciba de nada, y no te sobrecojas porque la cuñada esté delante, que es una mujer buena, que te quiere; y no te fijes en la tía.

Pero Furio, á medida que se iba acercando á la quinta, le faltaba corazon, como si fuera á sufrir el tormento. Cuando todos estaban ya á la mesa, se sentó sin mirar á nadie y comenzó á comer con la vista baja. Hablaban del hermanastro. Su padre interrogaba á Iris sobre un cierto proyecto de puente, que ella jamás había oido nombrar siquiera. La tía le preguntó cuándo llegaría su hermano, á lo cual contestó que llegaría dentro de tres dias. Entraron en otros discursos, é Iris empezó á hablar, casi siempre sola.

Furio, con los ojos sobre el plato, no moviéndose

CAPILLA ALFONSINA